

EL FUTURO IMPERFECTO

China urbana y el fracaso de su occidentalización

Roberto Fernández. Profesor-arquitecto y crítico de arquitectura. Enseña en las universidades de Mar de Plata y Buenos Aires.

Si hay un lugar ideal para indagar sobre la novedad del milenio que viene, ése es China: micromundo equivalente a la quinta parte del macro, pero escenario de la aceleración del proceso final del capitalismo y laboratorio que deja percibir el flujo de una nueva urbanidad en una escala nunca antes históricamente verificada. La excusa para ello es desarrollar algunas reflexiones a modo de comentarios críticos que surgen de la lectura del excelente monográfico publicado por la revista *2G*, número 10, Barcelona, 1999, bajo el archigramiano título de *Instant China*.

Aquello que en otros sitios se llevó siglos o largas décadas, allí está ocurriendo todo dentro de este último decenio que corona, con su carga de simbolismo, el fin de milenio que en todas partes da curso a una celebración entre festiva y apocalíptica, entre los descorches variados del Concorde intercontinental del último día del año/siglo/milenio y el reingreso triunfal de Nostradamus y sus discípulos a la lista de *bestsellers*.

Tras la era maoísta —que ahora parece haber sido el laborioso intento de desembocar en la

modernidad sin perder de vista la tradicionalidad de sesgo ruralista y conservadora: de un nostálgico sabor ascético que parecía congeniar con una contribución china a evitar el desplome de la sustentabilidad ecosférica—, la posmodernidad de Deng no se guarda ningún reparo en participar del festín consumístico instaurado por sectores selectos de Occidente y resguardado de diferentes maneras, hasta hoy, de su homogeneización democrática.

Que la *vanguardia* social china —unos 350 millones que pueden llegar a tener una renta semejante a los sectores consumistas de Occidente— amenaza con replantear por completo las anteriores euforias y si se había convertido en un lugar común de los ecologistas decir que así como Japón es un verdadero basurero, China representaba la reserva de un mundo ajeno a las refrigeradoras y a los aviones, una especie de idílico e ideológico jardín para adanes achinados que se reciclaban sus excrementos y protegían sus ecosistemas, hoy todo eso acabó o va por ello. Si todos los chinos abandonan su alimentación basada en salazones y especies (con lo que además, desa-

parecería el poco moderno olor a podrido) e ingresarán a la cultura (?) de la refrigeración, la capa de ozono se haría añicos en un par de semanas. Si uno de cada cuatro chinos –proporción norteamericana– se hiciera un par de viajes en avión cada seis meses, colapsaría todo el sistema de navegación dirigida y la accidentología se acercaría demasiado al de las autopistas. Si uno de cada ocho chinos se lanzara a Internet, habría que decuplicar las plataformas satelitales y resolver el tamaño y la velocidad de los canales virtuales, a riesgo de entrar en unos impresionantes bloqueos de comunicación o un exasperante agravamiento de su velocidad.

124

La ciudad sin nombre del delta del Perla –los arrabales de Hong Kong–, que no existía hace década y media, va camino de *aglutinar* (ése es el único verbo posible) 40 millones de personas, superando cómodamente a México y San Pablo, aquello que había otorgado un modesto *record* a Latinoamérica. La urbanización es frenética y como tal se percibe el desembarco acelerado de las aves de presa-arquitectos del *mundo primero*, con colosales encargos (Foster, SOM, OMA Asia, Arquitectónica, FPK, Pei más dos docenas de ofertantes ávidos, incluyendo algunos pintorescos –para China– como Perrault, Fuksas o Sottsas), el impulso de colocar sus productos *experimentales* –*más de Occidente*: ciudades y edificios más *grandes*, todo el arsenal de utopías desempolvado– y la relativa falta de *permeabilidad* de los nuevos ricos –incluyendo en lugar preeminente a los gobiernos y a las cúpulas del PC local–: muchos proyectos pero poca construcción, artefactos simbólicos pero nada de ciudad occi-

dental remozada. El gigante crece, y mal que nos pese, lo hace con su estética, su funcionalidad y su modernidad chabacana.

Un país continente –el primero, largamente en población; el tercero en superficie y además, un mosaico de regiones, etnias, idiomas y costumbres de toda clase, por fuera de la hegemonía *han*– que supera el millón de multimillonarios y el 10% anual de crecimiento económico, con más velocidad aún en el crecimiento de los sectores secundarios y terciarios, pero también, un país cuya modernización contempla lentamente la desarticulación del Estado benefactor y la emergencia de un mercado que en su crudeza empieza a engendrar parados (no hay estadísticas pero puede ser hasta una quinta parte de la población), a desarticular la precaria y estable ocupación del espacio –entre 2 y 3,5 millones nuevos cada año, crecen los nuevos habitantes urbanos expulsados del campo, cerca de 300 familias llegan cada hora a la estación ferroviaria central de Pekín– y a redefinir la relación entre Occidente y China. Una relación no nueva, dada la primera oleada de expansión imperialista de principios de siglo, que impregnó a la cultura nacionalista prerevolucionaria de un empaque *beaux arts* como cualquier margen de Occidente que se preciara de modernidad al filo de los veinte; modernidad que devino en híbrides del tipo de edificios schinkelianos con cubiertas de pagodas.

El modelo dengiano así, quizá no sea meramente el broche de clausura de la utopía maoísta, sino un retorno a una estructura conservadora y autoritaria cuyo origen estriba en

la ética *confucionista* y un modelo de orden perfectamente apto para conjugar un Estado fuerte –aunque de irreversible deslizamiento hasta la acomodaticia corrupción que generalizó Occidente– y el auspicio a modalidades de mercado, que empezaron lentamente con las ZEE (*zonas económicas especiales*) de la costa este pero que luego adoptaron, desde mediados de los ochenta todas las recetas FMI (no por nada, es uno de los países más crediticiamente asistidos): supresión progresiva del asistencialismo poblacional, movilidad creciente de la población con libre elección de su localización (lo que auspició el creciente nomadismo expulsor de población rural), desaparición sostenida del empleo estatal, manumisión progresiva de la tierra urbana de propiedad estatal a favor de usufructos privados, etc.

Es curioso comprobar, en semejante contexto de velocidad de cambios, el comportamiento de la *arquitectura* y el *urbanismo*, actividades de larga maduración *occidental* (pero presentadas como *universales*) que presumieron encontrar una veta que reavivase la tendencia declinante de la teoría y práctica de la producción de edificios y urbes. De hecho, la moda de la última década es, de manera abiertamente negociadora, presentarse ante el fenómeno chino con voluntad colonizadora y pretensión de rendimientos de aquella profesionalidad más bien exánime. Razón no faltó, dada la continuidad de cierta permeabilidad china respecto de productos culturales occidentales, después del paréntesis de las tres décadas del experimento maoísta y la aceptable hipótesis de alguna confluencia entre el modelo de so-

ciudad *confucionista* y la cultura posmoderna, hipersignica, historicista y consumista.

La última década, con centenares de proyectos construidos, presenta al menos una comprobación paradójica que en cualquier caso pudiera estar preanunciando una clase de *futuro*: la ciudad se ha desarrollado al margen de la pretensión, a menudo utópica, de cualquier tipo de control proyectual, de forma que incluso ha sido posible integrar en ese magma sin plan aparente un buen conjunto de artefactos arquitectónicos (oficinas, hoteles, aeropuertos) cuya cualidad principal es romper del todo cualquier voluntad contextualista o de articulación de alguna clase de relación entre arquitectura y ciudad, ya sea en la clave teórica de la homología del tipologismo como en el discurso humanista de las transiciones y umbrales del *Team X*.

El triunfo *posmoderno*, notable en China, en el divorcio final entre las ciudades –los tejidos, los barrios, la yuxtaposición de las culturas de los estratos sociales: la ciudad histórica occidental, en suma– y unas arquitecturas autorreferenciadas, herméticas y confrontadas a sus sitios, paisajes y tradiciones funcionales, unas arquitecturas deslocalizadas o de absoluto desprecio por cualquier tipo de *genius locci*, fuera de patéticas utilizaciones alegóricas, de referencias microculturales muy próximas al pastiche de los *comics*, como el *feng shui*, las metáforas de *tierra* (el cuadrado) y *cielo* (el círculo), los entrelazamientos tipo *yin/yan*, el ruralismo devenido en verde urbano artificial y, por cierto, los techos curvos de pagodas.

Así, véanse los nuevos *records* mundiales: los 460 metros de Shi Mao –a cargo de Petersen-

Kohn-Fox— no sólo le agregan 10 metros más a la Petronas malayas de Pelli, con forma de lapicera Parker, sino que también mezcla tecnología sofisticada con referencias *retro*, que más que chinas parecen johnsonianas, pero eso es un detalle demasiado menor. Cuarenta metros más abajo y también en Pu Dong, la Manhattan de Shanghai, el inevitable SOM construyó su Jin Mao (aclaremos que *Mao* no es el líder comunista sino, curiosamente, la palabra *comercio*) —de apenas 420 metros— pero éste sí, ofreciendo un *remake* chino de la Nueva York de los treinta, casi en una estética que no le hubiera disgustado a Ridley Scott para su *Blade Runner*. Y lo mismo ocurre con el retrodiseño de Portman para el Centro Daewo, también en Pu Dong, mezcla de estilo pagoda y *art deco* neoyorquino.

Pero hay de todo, como los edificios del tipo *parque temático* —con programa cosmopolita dentro de la globalización del tiempo libre, pero con estética pretendidamente china— como el Festival Wall que proyecta en Hong Kong el grupo peruano-miamiense Arquitectónica (que en Pu Dong, a su vez, también proyecta unas perfectas cajas de vidrio esmerilado para albergar oficinas) o los edificios de talante internacional de Foster y Murphy, en la misma área central de Shanghai, el edificio espiralado —que evoca las ondas de radio y que *superpone jardines en altura*— de las Telecomunicaciones que SOM-Asica proyecta en Xiamen y el World Trade Center de Hong Kong, de un Pelli definitivamente embarcado en el maridaje de *high-tech* sobrio y estéticas *retro* que a la sazón, convierte en *enano* al

otrora *record* del HK&S Bank de Rogers, vecino y a la mitad de la altura del WTC.

El festín arquitectónico occidental en China no sólo implica conjuntar tecnología de punta con evocaciones metafóricas u ornamentales regionalistas, sino que admitió ejercicios del más puro rigorismo internacional, como la exitosa saga de edificios fosterianos, el gran triunfador de esta primavera: el aeropuerto Chep Lak Kok, la Terminal ferroviaria y el Express Center, todo en Hong Kong y de pura exhibición tecnológica y ninguna concesión decorativista. Foster vende caro su *patente de futurología* y finalmente puede establecer una condición de *tómelo o déjelo* solamente limitada a muy pocos *designers* occidentales que, por el contrario, se ven normalmente forzados a ejercitar piruetas proyectuales saturadas de oportunismo.

Pero si el ejercicio triunfal de una arquitectura que saca a relucir todo lo que tiene (pasado y futuro) —en una especie de *saldos* de fin de temporada— parece ser —sólo parece— un rasgo saludable y contributivo a este exánime fin de milenio que descrea de toda discipliniedad y se acoge alborozadamente al mercadeo, con el asalto occidental al diseño de la ciudad no acontece un paralelo éxito.

En efecto, el controvertido proceso de la nueva ciudad de Pu Dong, justo enfrente del viejo Bund de Shanghai (la anterior *down-town* premaoísta de sesgo occidental), río Huan Pu de por medio, ofrece abundante material para la reflexión acerca del estado del pensamiento sobre los proyectos urbanos y quizá, sobre su estertor final en manos de arquitectos.

En efecto, el megalomaniaco proyecto de imaginar una *instant city* de un cuarto de millón de habitantes que los jerarcas chinos escogieron se pareciese a La Defense, dio curso a un aleccionador concurso de ideas (con elegidos: Rogers, Fuksas, Perrault e Ito y descartados de la primera selección: Foster, Piano, Nouvel y Shinohara; casi un seleccionado mundial) que admite un análisis del agotamiento de los discursos urbanos de la arquitectura, así como la previsibilidad de su fracaso real, ya que la ciudad, finalmente, empezó a construirse sin ninguna clase de *plan ilustrado*, mediante una pragmática asociación de permisos de edificación e iniciativas de mercado.

Rogers propuso un anillo vacío, orlado de un brazalet de torres de eclécticas configuraciones, de seis ciudades-satélite de casi un centenar de miles de habitantes y de una estrella de conexiones radiales de autopistas y ferroaductos.

A Fuksas se le ocurrió diseñar una grilla de manzanas en damero, circunscripta por una ronda circulatoria, intersectada por una gran autopista que se enlaza a Sanghai y... por una romántica abra verde en cuyo centro discurre una bicisenda (homenaje a la aún incipiente motorización china) más un parque temático, muy forestado que limita el frente fluvial. Perrault, sin perder su célebre frialdad minimalista, propuso una cuadrícula de diferente densidad de ocupación con un agujero verde en el centro y una cartesiana escuadra que se enfrenta a la ciudad vieja, como una empalizada de torres de oficina que parece el escaparate de una cristalería.

El Ito, a tono con su momento organicista-abstracto que culmina en su mediateca japonesa a

punto de inaugurarse, imagina unas franjas que organizan el *waterfront* con bandas de oficinas altas, viviendas, espacios verdes, oficinas más bajas y otro parque-fuelle que *verdea* el contorno del río.

Es como si esta galería de maestros del fin del milenio sacasen a la luz todas las viejas utopías que la modernidad atesora en sus libros de historia, especie de última oportunidad de construir las ideas de Howard, Hilberseimer o Le Corbusier, demostrando un episodio final de la larga incompreensión que la arquitectura –sobre todo la moderna– tiene respecto de la ciudad y los procesos urbanos, obstinada en pensar en términos de *arquitectura grande*, e inmutable frente a fracasos (de calidad urbana) ya resonantes, como la muy publicitada Euralille. En rigor, es como si el avizoramiento del autoritarismo *confucionista* que practica la gestión de Deng, hiciera pensar en la reemergencia neobarroca de émulos de Colbert y Luis XV. Le Corbusier debe estar revolviéndose en su tumba por no haber vivido medio siglo más tarde.

Pero los chinos, si algo está claro de esta cultura milenaria, no son tontos y la operación sólo sirvió para efectos promocionales ante los decisores de inversión inmobiliaria encantados con la única y solitaria manifestación de *economías de escala* que el Este de China parece hoy representar. La promoción consecuente agitó las aguas satinadas de las *brochures*, pero nada de lo utópicamente pensado llegó a decisiones concretas y la nueva ciudad surge a tropezones y trapisondas, en manos de los *brokers* inmobiliarios.

Cosecha nada desdeñable, a los arquitectos del *star system* le sigue quedando el consuelo de los mega-edificios carentes ya de toda épica y únicamente interesantes (por fuera de la cuantía de los honorarios) en su complejidad técnica y en intentar batir *records* de todo tipo.

La ciudad, entretanto, discurre más bien como un guión cinematográfico de *science-fiction*: caos, entremezclamiento promiscuo de altos *standings* de consumo y *homeless*, pobreza y *stress* de las infraestructuras, polución y deterioro irreversible de los espacios públicos, ba-

nalidad y evanescencia, virtualidad terciaria y, en fin, culturas de *video-clip*. Disculpen la catarata de neologismos: es que no hay formas de nombrar lo que no terminamos de entender, reconocer y aceptar, eso incierto y ominoso que está ahí, a la vuelta del milenio. **R. F.**

■ 2G. N.º 10. *Instant China. Notas sobre una transformación urbana*, Editorial Gustavo Gili, S. A. Barcelona, 1999 ■

